


EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

Á TIENTAS,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.




CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.
A tientas.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.
Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.
Lluvias de estío.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreu.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

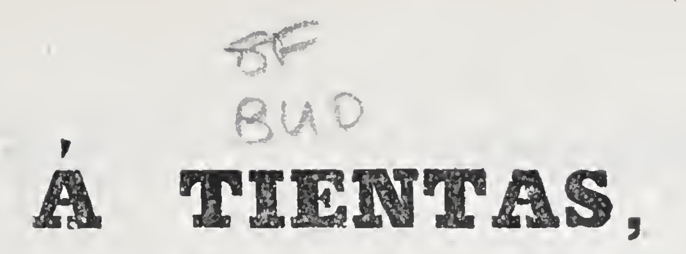
Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos despecho y amor.
Conde, ministro y lacayo.
Corona y tumba, ó el reinado de Sigerico.

Duda en el alma, ó el embozado de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.
Don Alonso el Sabio.

Entre bobos anda el juego.
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmental.
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamarit.
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cristo. (*Primera parte.*)
El conde de Monte-Cristo. (*Segunda parte.*)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el asalto de la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo negro.
El génio contra el poder, ó el bachiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El judío errante.
En el crimen va el castigo, ó condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un adre.
Eugenia.
Eulalia.
En la cara está la edad.
El tio Martin, ó la honradez

Á TIENTAS.





Á TIENTAS,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON VICTORINO TAMAYO.

Estrenada en el teatro del Circo el dia 16 de Mayo de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA	DOÑA LORENZA CAMPOS.
CLARA	DOÑA AMALIA GUTIERREZ.
D. ENRIQUE DE CÁRDENAS	D. JOAQUIN ARJONA.
D FERNANDO DE HERRERA	D. VICTORINO TAMAYO.
SIMON	D. MARIANO FERNANDEZ.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada: puertas laterales y otras dos en el fondo: una de estas es la de entrada: mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO y SIMON.

SIMON. De aventuras mas intrincadas he salido airoso.

FERN. Es que temo que hagas algun desatino.

SIMON. Pruebas tengo dadas de mi destreza.

FERN. Con todo, bueno será que te repita...

SIMON. No hay necesidad; mi papel se me ha quedado bien impreso en la memoria, y si no á la prueba me remito. Acto primero: á las ocho en punto llamarán á la puerta falsa; abriré con sigilo y acompañaré hasta esta sala á una señora que cubrirá cuidadosamente su rostro con un velo de encaje.

FERN. Muy bien: prosigue.

SIMON. Acto segundo: cuando ya se encuentre aqui, correré á avisarle á usted, dejando antes toda la casa completamente á oscuras.

FERN. Tampoco has olvidado la segunda parte: la tercera, es decir, el desenlace, lo represento yo; de modo que se ha concluido tu papel. Vete.

SIMON. (Con malicia.) ¿Usted sabrá el suyo de memoria?
FERN. Yo lo creo: ¡lo he representado tantas veces!
SIMON. ¡Ay, señor, qué gana tengo de ser galan para intervenir en los desenlaces! (Váse.)

ESCENA II.

FERNANDO solo.

Pues señor, no hay remedio: con la aventura de esta noche pongo fin á mis extravios. La hora de mi matrimonio se acerca y debo llevar á cabo mi resolucion. No mas francachelas, ni duelos, ni amores á hurtadillas. Con todo, esto de renunciar á los goces de soltero y decir un adios eterno á la dulce libertad... Estoy resuelto. Con valor y constancia pondré cadenas á mis malos instintos, seré modelo de casados. ¿Si vendrá Rosa á la cita? Con qué impaciencia aguardo que den las ocho. Voy á pasar una noche deliciosa.

ESCENA III.

FERNANDO, SIMON y luego ENRIQUE.

SIMON. ¡Señor!
FERN. ¿Qué ocurre?
SIMON. Un caballero pregunta por usted.
FERN. Ya sabes la consigna.
SIMON. No entiende de consignas ese mocito. Porque le he dicho que no estaba usted visible se ha puesto á votar como un marinero, y me ha prometido colgarme de una... ¿cómo dijo?... de una entena.
FERN. ¿Quién podrá ser? ¿Acaso?... Que entre. (Simon se dirige hácia la puerta y vé venir á Enrique, que entra furioso.)
SIMON. Ya entró sin aguardar la respuesta.—¡Ahí vá eso! (Váse.)
FERN. ¡Enrique!
ENR. ¡Cargue el diablo con la córte y con los cortesanos!
FERN. ¡Soberbia entrada!
ENR. ¿Eres tambien tú de los que se niegan á todo el mundo? ¿de los que enseñan á mentir á sus criados? ¿de los que obligan á aburrirse á sus amigos en la antesala?
FERN. Deja que te abrace, y luego te contestaré.

ENR. Enhorabuena.

FERN. ¿Y hace mucho que has llegado?

ENR. Tres dias.

FERN. ¡Tres dias! ¡Te agradezco el afan que has demostrado por abrazarme.

ENR. ¿He podido acaso encontrarte hasta ahora? Á la carta en que te anunciaba mi desembarco en Cádiz y mi próxima venida á Madrid, contestaste haciéndome las mas vivas instancias para que llevase á cabo mi proyecto y ofreciéndome alojamiento en tu casa. Pero cuando llego á Madrid y me presento en ella, dícenme tus criados que al salir aquella mañana habias advertido que no pensabas volver en algunos dias.

FERN. ¿Y cómo has averiguado mi paradero?

ENR. Por rarísima casualidad; á estas horas el paseo de la Fuente Castellana está completamente desierto, y como la soledad se aviene muy bien con mis tristes ideas, este sitio elegí para lanzar en él suspiros al viento. ¡Un marino que suspira! ¡Qué cosa tan extravagante!

FERN. ¿Pues qué te pasa?

ENR. Estaba ha poco en lo mas ridículo de mis lamentaciones, cuando en un grupo de trabajadores que llevaba la misma direccion que yo, oigo pronunciar tu nombre. Allí vive el tal don Fernando de Herrera, decia el uno de ellos señalando hácia esta casita azul que en medio de los árboles se distingue á corta distancia. No aguardé á oir mas. Apreté el paso, y aqui me tienes. Pero ya que estamos juntos, y que nos hemos abrazado, vamos á cuentas, señor mio.

FERN. Habla.

ENR. ¿Qué demonios haces, que tan mala fama tienes por esos mundos?

FERN. ¿Si, eh?

ENR. ¡Todos te acusan de derrochador, de camorrista, de libertino!... ¡Que vergüenza!

FERN. ¡Qué quieres! La vida está sembrada de delicias, y yo no he querido desperdiciar una sola.

ENR. Calla, calla, que me sonrojo al escucharte.

FERN. ¿Tú siempre tan filósofo?

ENR. Yo siempre tan poco aficionado á vivir á la moda.

FERN. ¡Oh! si: eres el Caton de los mares.

ENR. ¿Te burlas? No me importa. Y has de saber que vengo

resuelto á hacerte variar de rumbo: yo te apartaré de los escollos en que ciego corres á estrellarte: mi mano será el timon que te lleve á puerto seguro...

FERN. En otro tiempo quizá me hubieran alarmado tus palabras; pero hoy que las circunstancias me obligan á renunciar á mis extravios, las escucho con placer.

ENR. ¿Y qué circunstancias son esas?

FERN. Ya te lo contaré todo. Ahora deja que yo tambien te eche una buena reprimenda.

ENR. ¿A mí?

FERN. Si, señor. ¿Por qué buscas la soledad? ¿por qué te lamentas? ¿por qué suspiras? Vamos, responde.

ENR. No me lo preguntes, déjame.

FERN. Quiero saber la causa de tu tristeza.

ENR. Seria largo de contar.

FERN. (Mirando el reloj.) Puedo escucharte: empieza.

ENR. Condújome el vapor *Trajano* de Cádiz á Sevilla: la misma noche de mi llegada me resolví á convertirme en fardo por algunos dias, y me empaqueté lo mejor que pude en el ahogado rincon de la berlina de una diligencia: á pesar de la oscuridad conocí que me acompañaban una jóven y una vieja: esta última ocupaba el centro del asiento de modo que venia á mi lado. Echamos á andar; apoderóse de mí el fastidio; acurruquéme en mi angosto rincon y procuré dormir: vano empeño; en lo mas terrible de mi aburrimiento, y cuando me preparaba á variar de postura, sentí un peso enorme que me obligó á sepultarme en los almohadones del coche: mi primera intencion fué desembarazarme bruscamente de aquella carga; pero era una señora, dormia profundamente, y me resigné á sufrir con paciencia. Toda la noche tuve sobre mi alma aquel morcon: amaneció por fin; despertó mi prensa, y yo pude respirar libremente: el fresco de la mañana me reanimó: quise ver los objetos que me rodeaban: pasé por alto la poco agradable figura de mi vecina: fijé mis ojos en su compañera y admiré el mas prodigioso conjunto de perfecciones que ha producido la naturaleza. No sé qué pasó por mí al ver aquella celestial criatura; pero lo cierto es que hubiera sacrificado contento mi fortuna entera por dilatar años y años mi viaje. Terminó desgraciadamente bien pronto: llegamos á Madrid: un coche magnífico aguardaba en la

calle de Alcalá á mi encantadora desconocida: subió á él con la vieja y desaparecieron. Aquel coche se llevó mi felicidad, mi vida! No quiero ponderarte el amor irresistible que arde en mi alma: y no lo dudes, Fernando: si no la encuentro, si su cariño no aplaca este temporal que agita mi corazon, en mi primer travesia me arrojo al mar y sirvo de pasto á los tiburones.

FERN. ¡Já, já, já!...

ENR. ¿Te ries de mi dolor?

FERN. Tres dias son breve término para producir una pasion tan violenta.

ENR. ¡Si tú la hubieses visto!

FERN. ¿Y permaneció la niña indiferente á tus insinuaciones? Porque supongo que te insinuarias...

ENR. Algunas veces se encontraron nuestras miradas: pero lo atribuiria á la casualidad.

FERN. Ya veo que necesitas que yo te dé algunas lecciones sobre ese particular.

ENR. No: Dios me libre de seguir tus consejos. En fin, ya sabes lo que deseabas; espero que ahora me dirás por qué puedes escuchar sin temor mis reconvenciones.

FERN. Con placer voy á decírtelo. Es muy cierto que he derrochado mi fortuna y malgastado los generosos instintos de mi corazon; pero mi bendita estrella me proporciona los medios de rehabilitar mi caudal y regenerar mi alma concediéndome por mujer á una jóven virtuosa y millonaria.

ENR. ¿Bonita por supuesto?

FERN. No lo sé.

ENR. ¿Te burlas?

FERN. No por cierto.

ENR. Entonces no atino...

FERN. Allá en mi niñez mi familia y la de mi futura decidieron hacer mas íntimo el lazo de amistad que las unia por medio de un matrimonio, y nos casaron por poderes; de manera que puedo decir que soy marido desde que tenia ocho años. Murieron á poco nuestros padres, y la marquesa del Puerto, tia de mi mujer, se la llevó á un convento para que en él recibiera educacion conforme con los mas rígidos principios de sana moral. Allí permanece todavia mi cara esposa, á quien no he vuelto á ver desde entonces. Su tia, que vive en Sanlucar,

me ha escrito que se acerca el momento de nuestro enlace; que de un dia á otro llegará á Madrid para arreglar los asuntos de la boda. De modo que la cándida paloma abandonará muy pronto su casto nido y se arrojará en los brazos de su feliz esposo.

ENR. Es decir, en los del diablo.

FERN. ¡Já, já!

ENR. ¡Pobre niña!

FERN. ¿Por qué? Te repito que estoy harto de locuras. La de esta noche será mi última calaverada.

ENR. ¿Qué tal? Si digo yo bien...

FERN. (¡Maldita lengua!) No, no vayas á creer...

ENR. Lo que creo es que nunca te enmendarás.

FERN. Enrique, tus dudas me ofenden. Un compromiso inevitable me obliga á... Ponte en mi lugar.

ENR. ¡Dios me libre!

FERN. Figúrate que una muchacha preciosa, una modista, á quien hacia el amor, á quien no lograban vencer ni súplicas ni ofrecimientos, se ablanda al fin y me escribe estas palabras: (Saca la carta y lee.) «Acudiré á la cita que me has pedido.—Rosa.» ¿Qué hubieras tú contestado? Lo que yo: «Cubre con ese velo de encaje tu lindo rostro, y ven mañana á las ocho de la noche á mi casita azul de la Fuente Castellana.»

ENR. ¿Y ella acepta el velo y viene á la citá?

FERN. No sin ciertas condiciones, y por cierto bien extrañas.

ENR. ¿Cuáles?

FERN. Que hemos de vernos á oscuras.

ENR. No son aceptables.

FERN. ¿Por qué?

ENR. Porque verse á oscuras es cosa imposible.

FERN. ¡Hola! ¿bromeas?

ENR. Al contrario: con toda formalidad te digo que esa entrevista no se verificará.

FERN. ¿Quién se opone?

ENR. Mi conciencia.

FERN. En no oponiéndose la mia...

ENR. Tú no la tienes.

FERN. Razon de mas.

ENR. Por nuestra amistad te suplico...

FERN. No te canses...

ENR. Pues haz cuenta de que nunca me has conocido.

FERN. ¡Pero hombre!
ENR. Nada: ó me complaces, ó adios para siempre.
FERN. Es fuerte empeño...
ENR. Lo dicho, dicho.
FERN. Escucha.
ENR. No escucho: adios. (Cogiendo el sombrero.)
FERN. Aguarda.
ENR. ¿Desistes?
FERN. Imposible...
ENR. Pues hasta nunca. (Váse.)

ESCENA IV.

FERNANDO, luego SIMON.

FERN. ¿Puede darse hombre mas singular? ¡Exigir que yo renuncie á una cita amorosa! Esto es absurdo. Ya volverá cuando se le pase la furia. Y si no vuelve, mejor. Pobre amistad es la que se rompe por tan pequeña causa.— ¡Simon!
SIMON. Señorito.
FERN. Ven á ponerme una levita.
SIMON. ¿Vá usted á salir?
FERN. No, estúpido.
SIMON. Entonces...
FERN. ¿Quieres que reciba á esa señorita de bata?
SIMON. ¿Por qué no? Á oscuras, á no ser por el tacto...
FERN. Calla, calla, majadero, y sígueme.
SIMON. Callo y sigo. (Vánse.)

ESCENA V.

ENRIQUE, luego FERNANDO y SIMON.

ENR. No desisto... He de hacer que por fuerza... Calla... no está aqui... Le buscaré. ¿Para que se niegue otra vez á seguir mi consejo? ¿Para que se burle de mis palabras? ¡Qué córte! ¡qué costumbres! ¿Si encontrara un medio ingenioso de impedir esa cita inmoral? Encerrándole. Qué tonteria, no se dejaria encerrar. Poniéndome á la puerta y no dejando entrar en esta casa á bicho viviente?... Otro disparate... ¡Ah!... si, esto es. ¡Feliz ocur-

rencia! ¡Oh, señor mio, lo que es por esta vez se lleva usted chasco (*Mientras ha dicho las últimas palabras se ha puesto á escribir, y cuando acaba se vá por la puerta del fondo, en seguida salen Fernando y Simon.*) ¡Oh! aqui viene. (*Váse.*)

FERN. Ya se vá acercando la hora: Simon, bueno será que te pongas de atalaya.

SIMON. Como usted guste.

FERN. Que no te olvides de apagar las luces cuando venga.

SIMON. Cá, no señor; oscuridad completa.

FERN. ¿No te parece algo extravagante este capricho?

SIMON. Si, señor, que me parece. A mí siempre me gusta ver lo que hago.

FERN. En fin, ella se entenderá; anda, que se hace tarde.

SIMON. Voy corriendo. (*Váse.*)

FERN. Por cierto que me ha hecho gracia el bueno de Enrique. Mentira parece que haya nacido en el siglo diez y nueve. ¡Qué ideas tan rancias!.. Y bien mirado no le falta razon; andar en estos laberintos en vísperas de casarse... ¡qué diablos! no ha de meterse uno cartujo.

SIMON. Señorito.

FERN. ¿Está ahí ya?

SIMON. No, señor.

FERN. ¿Pues á qué vienes?

SIMON. A darle á usted esta carta que han traido con mucha urgencia.

FERN. ¡A estas horas!... Veamos... «Señor don Fernando: Espero á usted en mi casa: si antes de un cuarto de hora no he tenido el gusto de verle, yo propia iré á buscarle, pues no ignoro su paradero.—La Marquesa del Puerto.» ¿La Marquesa en Madrid? Qué contratiempo. ¿Pero cómo ha venido sin anunciármelo? (*Paseándose.*)

SIMON. (¿Qué diablos tendrá esa carta que hace bailar?...)

FERN. ¿Qué haré?... No hay mas remedio que faltar á la cita. Simon, vuela; que enganchen las yeguas á la berlina...

SIMON. ¿Pero señorito, y?...

FERN. Corre, corre, no te detengas.

SIMON. A escape... (*Váse.*)

FERN. ¿Por qué no me habrá escrito su llegada? ¿Qué misterio es este? ¿Habrá venido tambien Clara con su tia? ¿Habrá querido sorprenderme? Si, no hay duda. En su última carta me hablaba de cierta sorpresa que me tenia

preparada... Todo me lo explico... ¡Pobre Rosa! ¡vá á creer que no la quiero, que la he engañado! Pero mi mujer es antes que todo. Simon.

SIMON. Presente.

FERN. Escucha; no puedo detenerme: discúlpame con esa señorita... dile lo que te parezca... haz lo que te acomode. Adios, adios. (Váse corriendo.)

ESCENA VI.

SIMON, luego ENRIQUE.

SIMON. Jesus, qué torbellino... Mi amo es un veleta. ¡Qué mudar de pareceres!.. Y el encargo que me deja es un poco peliagudo... La chica ya estaba consentida y ahora.... ¿Qué le diré que la convenza? ¿Mi amo ha tenido que hacer? No, esto es muy frio... ¿Mi amo está atacado del tifus? Cuerno, esto es demasiado caliente... Pues señor, no se me ocurre nada templado que decirle... Y no hay remedio, es preciso hacer algo... Calla! El amo me ha dicho que haga lo que me acomode... Como que la cosa ha de ser á oscuras, bien puedo yo ocupar su puesto. Para ella el resultado viene á ser el mismo: mi amo no cae en falta y yo... Pues señor, cosa resuelta.

ENR. (Que ha oido las últimas palabras de Simon.) ¡Que abominacion, que inmoralidad!

SIMON. (¿Otra vez aqui este cafre?)

ENR. La salvo del otro y ahora este tuno... No sé cómo no te rompo la cabeza.

SIMON. ¿Y á usted quién le mete?

ENR. Silencio. Yo; yo acudiré á la cita.

SIMON. Pues me gusta. ¿Y con qué derecho?

ENR. Largo de aqui.

SIMON. Es que usted se aprovecha de mis inspiraciones.

ENR. Si replicas te tiro por una ventana.

SIMON. (Lo hará como lo dice.)

ENR. Vete á esperar á la señora del velo negro; y en cuanto venga ya sabes lo que has de hacer: avisarme y...

SIMON. Apagar las luces.

ENR. Justamente.

SIMON. ¿Conque he de hacer traicion á quien me dá de comer!

ENR. Toma para que comas un año. (Dále un bolsillo.)

SIMON. Si usted me hubiera dado antes esta razon... Vamos; que no le ha venido á usted mal la ausencia del señorito.

ENR. ¡Canalla! (Amenazándole.)

SIMON. Este hombre es loco. (Váse.)

ENR. ¿Qué dices?

SIMON. Nada: que será usted servido.

ESCENA VII.

ENRIQUE.

Mi estratagema empieza bien, quiera Dios que su resultado sea el que me propongo. ¡Ah! Fernando, cuando sepas el servicio que te hecho. ¡Cuando sepas que, gracias á mí, te bendecirá la misma á quien querias corromper...

SIMON. (Entrando precipitadamente.) Ya está ahí, ya está ahí.

ENR. Llegó el momento.

SIMON. Viene acompañada de una señora gorda, que tambien se tapa con mucho cuidado.

ENR. (¡Ea, valor!) Conduce á esa señorita á esta sala: y en cuanto á la otra...

SIMON. A la gorda.

ENR. Si, á la gorda; díle...

SIMON. Le diré que está de mas, y que tome el portante.

ENR. Nada de eso; le dirás que puede entrar en ese cuarto.

SIMON. Pues; lo mismo que yo imaginaba.

ENR. Anda, anda.

SIMON. Voy. (Váse.)

ENR. ¡Voto á San Telmo! ¡Pues no estoy temblando, y el corazon me palpita de un modo!... ¡qué agitacion! Y ya vienen... no acertaré á decir una sola palabra... Se burlará de mí... Haré el oso de fijo si antes no me repongo de tan ridícula turbacion... Que aguarde un poco... ¡Oh! (Al sentir que llegan entra precipitadamente en un aposento de la izquierda.)

ESCENA VIII.

La MARQUESA, CLARA y SIMOM. Las dos vienen cubiertas con velos.

SIMON. (¿Dónde se ha metido?) Espere usted un momento, señorita. Usted, puede entrar en ese cuarto si gusta. (Apa-

ga las luces.) Buenas noches. (Váse.)

CLARA. Ay, tia; tiemblo como una azogada.

MARQ. Ya lo veo, hija mia; y ahora me doy el parabien de haberte acompañado.

CLARA. ¿Y se irá usted cuando él venga?

MARQ. Precisamente.

CLARA. ¡No, por Dios! ¡Yo sola con un hombre!

MARQ. Ese hombre es tu marido.

CLARA. Un marido á quien no he vuelto á ver desde que tenia cinco años.

MARQ. Pero no por eso deja de serlo.

CLARA. Todavia no nos han echado las bendiciones.

MARQ. Es cierto; pero al fin y al cabo...

CLARA. Tia...

MARQ. ¡Qué necios escrúpulos! Ayer, cuando por una casualidad supiste que el tal Fernandito hacia el amor á la modista de mi íntima amiga doña Rosario, y que le habia pedido una cita en esta casa, muchos suspiros, muchas lágrimas, muchos deseos de venganza; y hoy que por medio de este ardid te proporciono la ocasion de confundirle con tu presencia, tiemblas, y quieres echar por tierra mi sublime proyecto.

CLARA. No, tia, no; sus palabras de usted me animan de nuevo. Tiene usted razon; yo le diré cuántas son cinco.

MARQ. Cuida sobre todo de no descubrirte hasta que se haya declarado, hasta que no le quede medio alguno de justificarse: oye con paciencia sus protestas de amor, deja que te bese la mano.

CLARA. Tia...

MARQ. ¿Qué hay de malo en eso?... ¿No es tu marido? Pero si se propasa...

CLARA. ¿Y cómo conoceré cuando se propasa?

MARQ. (¡Pobrecilla! tiene razon.) Quiero decir, hija mia, que cuando su comportamiento empiece á disgustarte...

CLARA. ¿Qué debo hacer?

MARQ. Llamarme. Yo estaré en esa habitacion contigua.

CLARA. Que esté usted con mucha atencion para que en caso de necesidad...

MARQ. Silencio; me parece que oigo ruido hácia ese lado. Él es sin duda.

CLARA. ¡Ay! ¡Por Dios, no se vaya usted!

MARQ. Vamos, hija, un poco de valor para confundir á ese pi-

caronazo. Ya sabes que estoy alerta. Adios... (Váse á tientas y entra en la habitacion indicada.)

ESCENA IX.

CLARA y ENRIQUE.

CLARA. (El miedo me embarga; no puedo hablar siquiera.)

ENR. (Creí haber cobrado ánimos, y estoy temblando de pies á cabeza.) (Pausa.)

CLARA. (No oigo nada. ¿Se habrá engañado mi tia? Si se hubiese arrepentido... Si no viniera... ¡Una cita!... En el convento me decian que esto es un pecado horroroso.) (Tropieza Enrique.) ¡Ay!!

ENR. (Malhaya mi torpeza!...)

CLARA. (Ahí está. No puedo tenerme en pié.) (Pausa.)

ENR. (Parece que estoy anclado en este sitio...

CLARA. (¿Pero en qué piensa este hombre que no se acerca?...)

ENR. (¡Pecho al agua!) Rosita, Rosita...

CLARA. (¡Ay, que viene!)

ENR. ¿Dónde está usted?

CLARA. (Valor.) Aqui. (Enrique se vá acercando á tientas y toca con la mano la cabeza de Clara.)

CLARA. ¡Caballero!... (Asustada.)

ENR. Perdone usted, señorita... pero como estamos á oscuras...

CLARA. (Tiene razon.)

ENR. Sé que mis palabras le van á sorprender á usted; sé que vá usted á acusarme de inconstante, de traidor, pero yo no puedo disfrazar mis sentimientos.

CLARA. (¿Qué dice?)

ENR. Bien arrepentido estoy de haber querido precipitar ese corazon virtuoso en el abismo de la deshonra.

CLARA. (¡Oh Dios mio!)

ENR. Olvide usted mi torpe conducta; abandone usted esta casa y viva precavida contra las asechanzas de jóvenes ociosos y mal intencionados.

CLARA. (¡Qué felicidad!... ¡Pobre Fernando! De buena gana le abrazaria.)

ENR. Eramos muy culpables: aun es tiempo, á Dios gracias, de enmendar nuestra falta. Créame usted, Rosita; las flores que se cogen en la senda del vicio tienen veneno.

CLARA. (¡Qué gusto! mi marido es un santo.)

ENR. Seamos buenos amigos y nada mas. ¿Me permite usted que estreche su mano?

CLARA. ¿Por qué no?

ENR. (Me parece que he logrado conmoverla.)

CLARA. (Alargando la mano.) Tome usted. (Enrique coge á tientas la mano de Clara.)

ENR. (¡Qué finísimo cutis! ¡Cosa rara en una modista!) ¿Con que no me guardará usted rencor?

CLARA. Todo lo contrario.

ENR. (¡Qué dulce voz!) Si yo me atreviese á implorar de usted una gracia como prueba de su perdon?...

CLARA. Atrévase usted, atrévase usted.

ENR. Temo que usted se enfade.

CLARA. De ningun modo.

ENR. Pues bien, ¿me permite usted que imprima mis labios en esta linda mano?

CLARA. Con mil amores. (Un marido bien puede besar la mano de su mujer. (Enrique besa la mano de Clara. Pausa.)

ENR. ¿Me permite usted?...

CLARA. Si, señor; si, señor...

ENR. (Bruscamente.) (¿Pero qué estoy yo haciendo?... ¡Vaya un modo de predicar virtud!)

CLARA. ¿Qué tiene usted?

ENR. Nada, nada.

CLARA. (Hasta ahora no veo motivo para llamar á mi tia.) Caballero...

ENR. Señorita...

CLARA. ¿Se ha enojado usted conmigo?

ENR. (¡Esta voz, esta voz, que me penetra hasta el fondo del alma!) ¡Enojarme! ¿Cómo puede usted creer?...

CLARA. ¿Y por qué se aparta usted de mi lado?

ENR. (Es preciso poner término á esta entrevista.)

CLARA. ¿No me responde usted?

ENR. Señorita, separémonos antes de que nos sorprendan.

CLARA. ¿Tan pronto?...

ENR. Si, si; es indispensable. Cúbrase usted con su velo y vamos.

CLARA. Si no sé dónde lo he dejado.

ENR. Yo le buscaré. (Lo busca con los brazos extendidos y abraza la cintura de Clara.)

CLARA. ¿Qué hace usted, caballero?

ENR. Le juro á usted que ha sido sin intencion... (¡Qué cintura!) (Tropieza con el velo.) Aquí está el velo: tómelo usted. Y ahora váyase usted por Dios.

CLARA. Yo quisiera...

ENR. ¿Pero no teme usted?...

CLARA. ¿Qué puedo yo temer de quien me alienta con sus palabras, de quien me fortalece con sus consejos?

ENR. (Esta voz... esta voz...)

CLARA. De quien tan respetuoso se muestra conmigo.

ENR. (Cuanto mas la escucho... ¡Ah! (Como recordando.) ¿Será posible?

CLARA. ¡Ah, Fernando! no sabe usted el bien que me ha hecho; no sabe usted qué peso me ha quitado del corazon.

ENR. (Extasiado.) ¡No cese usted, señorita, no cese usted! Esa dulcísima voz me embriaga, me enloquece. Prosiga usted, por favor!

CLARA. ¿Qué encuentra usted en mi acento que asi le conmueva?

ENR. ¿Qué encuentro? ¡Esa voz es mi vida! ¡Esa voz resuena constantemente en mis oidos!

CLARA. ¿Qué es esto? ¿Se vuelve usted atrás de lo dicho?

ENR. (¿Será ella? ¿En este sitio? ¡Imposible, imposible!) Señorita...

CLARA. ¡Oh! me causa usted miedo.

ENR. Vá usted á creer que he perdido el juicio, pero...

CLARA. (¿Si tendré que llamar á mi tia?)

ENR. ¿Jura usted decirme la verdad?

CLARA. Yo no sé mentir.

ENR. Necesito que usted me lo jure.

CLARA. Pues bien, lo juro.

ENR. ¿Se llama usted Rosa?

CLARA. Caballero, yo... (¡Ha conocido el engaño!)

ENR. Respóndame usted, respóndame usted en nombre del cielo.

CLARA. No sé, no sé qué responderle á usted.

ENR. ¡Oh! no me engañaba: ni cómo puede engañarse un corazon enamorado. Usted no se llama Rosa, usted ha venido á Madrid hace poco, usted es la que yo idolatro.

CLARA. (¡Sabe que soy su mujer!)

ENR. Una palabra; ese silencio me asesina.

CLARA. (¿Pero cómo lo habrá adivinado?) ¿Y cómo sabe usted?

ENR. ¿Conque es cierto?...

CLARA. No, yo no he dicho...

ENR. ¡Ah! si, tú eres, tú eres. Mira cómo lo he descubierto á pesar de la oscuridad; mira cómo tiembla mi mano al contacto de la tuya; qué agitado palpita mi corazon, mira cuánto te adoro. (Cae de rodillas. La Marquesa habrá salido sin hacer ruido, y en este momento se acerca á Clara y le dice al oido.)

MARQ. Aqui estoy yo.

CLARA. (Pues todavia no se ha propasado.)

MARQ. (Y qué tal. ¿Estás contenta?)

CLARA. ¡Oh! ¡si, loca de alegria! ¡Cree que soy su mujer y me adora!)

ENR. (Sin soltar la mano de Clara.) ¿No merezco ni una palabra de amor?

CLARA. (Me parece que ya es hora de descubrirme.)

MARQ. (Todavia no es ocasion.)

CLARA. (¿A qué esperará mi tia?)

ENR. No calles: una palabra de consuelo, y si no quieres verme espirar de dolor, dime que me amas.

CLARA. (A su tia) (¿Qué le digo?)

MARQ. (Ni una palabra.)

CLARA. (Se vá á morir.)

MARQ. (No lo creas.)

ENR. ¿Me amas?

MARQ. (No le respondas.)

CLARA. (Mi tia tiene corazon de piedra.) (Se acerca mucho á Enrique procurando que la Marquesa no lo note, le estrecha en sus brazos y le dice al oido.) (Si, te amo con toda mi alma.)

ENR. ¡Oh! Dios mio...

MARQ. ¡Eh! ¿qué pasa?...

CLARA. Nada, tia; nada.

MARQ. Ven, Clarita; es preciso que salgamos de esta casa sin que descubra el engaño.)

CLARA. Ya qué importa ..

MARQ. (La niña se ha aficionado á su marido) Obedece.

CLARA. (Pobrecillo... Qué triste se vá á poner.) (Se van retirando á tientas hasta que llegan á la puerta del fondo.)

ENR. ¿Por qué retiras tu mano?

MARQ. Un coche ha parado á la puerta; no podemos salir sin ser vistas... Sígueme. Van arrimadas á la pared hasta que dan con la habitacion en que se ocultó la Marquesa; entran y cierran.)

ENR. ¿No me respondes? Dime otra vez que me amas. Qué

obstinado silencio. (Alarga las manos.) ¿Por qué te alejas? (Vá andando de rodillas hasta que dá con la cabeza en el brazo de una butaca.) Ya te encontré. (Se abraza á la butaca.) ¡Uf, es una butaca! (Sigue andando, tropieza con una cortina y la ase.) Ahora si... ¿Por qué huyes de quien te adora? ¿Qué cambio es este? (Tira de la cortina, que cae sobre él con galería y todo.) ¡Vaya un porrazo! ¡Era una cortina! (Poniéndose las manos en la cabeza y levantándose.) Simon, Simon, luces. No hay duda, ha desaparecido.

ESCENA X.

ENRIQUE, SIMON con luces. Simon se queda mirando maliciosamente á Enrique, al notarlo este coge una silla para tirársela y Simon se vá precipitadamente.

ENR. ¡Estaré soñando! No, aquella es su voz. ¿Pero cómo se explica su presencia en esta casa? ¿No será ella? ¿Será Rosa? Su turbacion no era fingida. Yo aclararé este misterio. La seguiré, la alcanzaré.

SIMON. Ay, don Enrique, el señorito está en casa y hecho una furia segun las voces que dá.

ENR. Si me encuentra aqui me vá á abrumar á preguntas. ¿Cómo podré salir sin que me vea?

SIMON. Por la puerta falsa.

ENR. Guíame. Ah, si dices una palabra de lo que ha sucedido, te extrangulo.

SIMON. Descuide usted, que seré mudo. (Por la cuenta que me tiene. (Vánse.)

ESCENA XI.

FERNANDO, SIMON.

FERN. Simon, Simon. ¿Dónde se ha metido este condenado? Le voy á hacer trizas. ¡Qué burla tan indigna! Simon...

SIMON. Señorito.

FERN. ¿Estabas sordo? (Dále un puntapié.)

SIMON. (¡Buen principio de semana!) No, señor, sino que...

FERN. ¿Ha venido, está aqui todavia?

SIMON. ¿Quién?

FERN. ¡Bruto! (Dále un cachete.)

SIMON. (¡Qué suelto de coyunturas viene el maldito!)
FERN. ¿Quién ha de ser? Ella.
SIMON. No, señor; no ha venido nadie.
FERN. ¿Estás seguro?
SIMON. ¡Pues no he de estarlo!
FERN. Respiro.
SIMON. (¿Respira? buena señal)
FERN. Lo que no puedo olvidar es el chasco que me han dado. Vete, déjame solo.
SIMON. (¡Quiera Dios que no vuelva por acá el lobo marino.) (Váse.)

ESCENA XII.

FERNANDO, la MARQUESA.

FERN. Si averiguo quién es el autor de esta gracia... Y yo me tengo la culpa. ¡Creer que la Marquesa habia venido sin anunciármelo primero!
MARQ. Beso á usted la mano, caballero. (Ha salido sin ser vista de Fernando.)
FERN. (¡Eh! ¿De dónde ha salido esta mujer?)
MARQ. ¿Me conoce usted?
FERN. No, señora, no tengo el honor...
MARQ. Soy la Marquesa del Puerto.
FERN. (¡Cielos, mi tia!) ¡Qué agradable sorpresa! Tome usted asiento.
MARQ. Tres dias hace que estoy en Madrid, y por cierto que he sabido de usted cosas que espantan. Es usted jugador, pendenciero, libertino...
FERN. Me han calumniado, Marquesa.
MARQ. ¡Qué descaro tan inaudito! Esta casa en que estamos seria prueba suficiente para condenarle á usted. Aqui tienen lugar sus aventuras, aqui ha tenido usted una cita esta misma noche.
FERN. (¿Qué oigo?)
MARQ. La infeliz que ha accedido á los deseos criminales de usted, se llama Rosa.
FERN. (¡Lo sabe!)
MARQ. Atrévase usted á negarlo.
FERN. Tia, debo ser sincero. Es verdad que habia pedido una cita á esa muchacha; pero tal cita no se ha verificado.

MARQ. ¿Eso dices?
FERN. Digo la verdad.
MARQ. ¡Clara, Clara! (Llamándola)
CLARA. Tia.

ESCENA XIII.

FERNANDO, la MARQUESA, CLARA, luego SIMON.

FERN. ¡Cielos! ¿esta señorita?...
MARQ. Es mi sobrina.
FERN. ¡Mi esposa! ¡Qué felicidad!
MARQ. No lo será nunca. (A Clara.) Se atreve á negar que ha tenido aqui una cita.
CLARA. Hace mal, porque lo sabemos de fijo.
FERN. Van ustedes á convencerse. ¡Simon, Simon!
CLARA. (¡Dios mio, esta voz!...)
FERN. ¡Simon!
MARQ. Inútiles serán tus estratagemas.
SIMOM. ¿Me llamaba usted?
FERN. Si, acércate: ¿ha venido aqui Rosa esta noche?
SIMON. (¡Adios, mi dinero!)
FERN. Di la verdad, ó mueres á mis manos.
SIMON. (¿Cómo acertaré?)
FERN. ¿Ha venido Rosa?
SIMON. Si, señor, ha venido.
FERN. ¿Cómo?...
MARQ. ¿Lo vé usted?
FERN. ¿A qué hora?
SIMON. Á las ocho.
FERN. Pero antes me aseguraste lo contrario.
SIMON. Su amigo de usted me mandó mentir.
CLARA. (Cuanto mas le oigo...)
FERN. (¡Qué sospecha!) ¿Ha vuelto!
MARQ. Negará usted todavia que Rosa...
FER. No: esa jóven ha estado en esta casa, pero eso no quiere decir que yo la haya visto.
CLARA. ¡Dios mio! ¿Acaso?...
MARQ. Explíquese usted de una vez.
FERN. Pues bien, ¿quién ha recibido á esa jóven?...
MARQ. Dílo pronto.
SIMON. Un amigo del señorito.

CLARA. ¡Oh!...
FERN. ¡Ya caigo!...

ESCENA XIV.

DICHOS y ENRIQUE.

ENR. Está aqui. ¿Cómo la habia de alcanzar?
FERN. ¡Ah! Enrique. Llega, llega, salvador mio.
MARQ. (Es nuestro compañero de viaje.)
FERN. Ante todo, te presento á mi futura.
ENR. ¿Tu futura esta señorita?
FERN. Señoras, don Enrique de Cárdenas, teniente de navio. Este caballero es el que ha recibido aqui á la jóven de que hablamos.
MARQ. ¡Jesucristo!
CLARA. ¡Qué vergüenza, tia, qué vergüenza. (Ocultando la cara en el pecho de su tia.)
ENR. ¡Todo lo comprendo! Señorita, no tiene usted por qué avergonzarse. Míreme usted á sus pies pronto á reparar mi falta.
FERN. ¡Eh!... ¿Se ha vuelto loco?
ENR. Esta señorita es la que ha venido conmigo desde Sevilla.
FERN. ¡Oiga!
ENR. Señorita, una palabra, una sola.
FERN. Pero...
MARQ. (No te queda otro recurso; si este lance se divulga, eres perdida.) (Bajo á Clara.)
ENR. Por piedad.
CLARA. Haré lo que mi tia me mande.
ENR. Señora, por Dios, concédame usted la mano de su sobrina.
MARQ. Se la concedo á usted muy gustosa, caballero.
ENR. ¡Qué felicidad!
FERN. Reclamo, exijo una satisfaccion.
MARQ. Pues bien: Rosa es modista de una íntima amiga mia.
FERN. Estoy sobre ascuas.
MARQ. Para sosprenderte, para confundirte...
FERN. Acabe usted.
MARQ. Clara vino á la cita en lugar de Rosa.
FERN. ¿Y Enrique?...

MARQ. Pues, acudió por tí.
FERN. Que Dios os haga bien casados...
CLARA. Y ya la pieza acabada,
humildemente os rogamos
que nos concedais...
SIMON. Si, vamos,
lo de siempre.
CLARA. Una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, suprimiendo lo atajado al principio de la escena 10.

Madrid 10 *de abril de* 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA. Los atajos de que habla la autorizacion del censor no estan incluidos en la impresion.

EL AUTOR.

l exterminio de un inocente.
l honor y el trabajo.

a y pobre.
ancisco el inclusero.

onra por honra.

abel segunda.

ana de Arco.
ana de Nápoles.
dit.
cios de Dios.
ieta y Romeo.

fanfarrones del vicio.
Baltasara.
hiel en copa de oro.
enzo me llamo, ó carbonero
Toledo.
amores de la niña.
campana vengadora.
risis.
legría de la casa.
mujeres de mármol.
orte del Rey poeta.
res manias, ó cada loco con
tema.

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.
Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.

Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda

Oráculos de Talia, ólos duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

ia por Valladolid.
bra á este caballero.
ma hora.

, pirita y alcohool.
y soltero.

inutos de reinado.
senando. *(La música.)*

r y el almuerzo.
nete. *(La música.)*
ipeta del archiduque.
mbulo.
en Chamberí.
ez.

á Dios que está puesta
sa.
muerte. *(La música.)*
liebre.

ra.
s de Juanita.
del Rey. *(La música.)*
ciegos.
ela

La flor de la serrania.
La tierra de Maria Zantízima.
Las distracciones.

Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. *(La música.)*
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. *(La música.*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El daminó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. *(La música.)*
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La música.)*
La caceria real. *(La músîca.)*
La Pasion. (drama sacro-lírico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.	*Motril.*	Ballesteros.
Almeria.	Alvarez.	*Mahon.*	Vinent.
Albacete.	Perez.	*Mérida.*	Diaz.
Avila.	Garcés.	*M arto*	Garcia.
Algeciras.	Joarizti.	*Oviedo*	Pruneda y Mántaras.
Alcoy.	Poyá é hijo.	*Orense.*	Robles.
Aranjuez.	Prado.	*Ocaña.*	Calvillo.
Almaden.	Quiroga.	*Osuna.*	Montero.
Avilés.	Sanchez del Rio.	*Orihuela.*	Berruezo
Barcelona.	Mayol.	*Pamplona.*	Rios y Barrena.
Búrgos.	Hervias.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Bilbao.	Astuy.	*Palma de Mallorca.*	Gelabert.
Badajoz.	Carpizo.	*Pontevedra.*	Aspa.
Bejar.	Bueno é hijo.	*Puerto de Sta. Maria.*	Cobantes.
Baza.	Fernandez.	*Puerto-Rico (Mayagües).*	Maestre y Tomás.
Baeza.	Segura.	*Reus.*	Prius.
Borja.	Cadenas.	*Ronda.*	Gutierrez.
Cádiz.	A. de Cárlos.	*Rivadeo.*	Torres,
Castellon.	Perales.	*Rioseco.*	Pradanos.
Córdoba.	Lozano.	*Salamanca.*	Huebra.
Coruña.	Lago.	*Santander.*	Hernandez.
Cáceres.	Valiente.	*San Sebastian.*	Garralda.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Cuenca.	Mariana.	*Sevilla.*	Alvarez Aranda.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Segovia.*	Rebilla.
Chiclana.	Julian.	*Soria.*	Perlado.
Ceuta.	Ibañez.	*Santiago.*	Escribano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	*San Fernando.*	Tellez de Meneses.
Carmona.	Perez.	*Sanlúcar de Barrameda.*	Esper.
D. Benito.	Sanchez Barroso.	*S. Ildefonso (Granja).*	Alderete.
Ecija.	Garcia.	*S. Lorenzo (Escorial).*	Juan José Rodriguez.
Ferrol.	Tajonera.	*San Martin de Valdeiglesas.*	Cisneros.
Figueras.	Delhom.	*Segorve.*	Mateo.
Granada.	Zamora.	*Tarragona.*	Pujol.
Gerona.	Dorca.	*Teruel.*	Baquedano.
Guadalajara.	Oñana.	*Toledo.*	Hernandez.
Gijon.	Crespo y Cruz.	*Talavera de la Reina.*	Sanchez de Castro.
Guadix.	Tornez.	*Toro.*	Tejedor.
Habana.	Charlain y Fernandez.	*Tuy*	Cruz.
Huelva.	Osorno é hijo.	*Trujillo.*	Bravo.
Huesca.	Guillen.	*Torrevieja.*	Vela.
Huescar.	Ruiz.	*Tudela.*	Izalzu.
Haro.	Quintana.	*Tolosa.*	La Lama.
Jaen.	Hidalgo.	*Tarazona.*	Veraton.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.	*Valencia.*	Moles.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.	*Valladolid.*	Hernainz.
Lérida.	Blasco.	*Vitoria.*	Galindo.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.	*Vinaroz.*	Ramirez Poy.
Logroño.	Verdejo.	*Villanueva y Celtrú.*	Creus.
Lorca.	Gomez.	*Vigo.*	Fernandez Dios.
Loja.	Cano.	*Ubeda.*	Bengoa.
Linares.	Carrasco.	*Zaragoza.*	V. de Heredia.
Lucena.	Cabezas.	*Zamora.*	Calamita.
Llerena.	Guerrero.	*Zafra.*	Oguet.
Málaga.	Cañavatte.		
Murcia.	Hs. de Andrion.		
Mataró.	Abadal.		
Manzanares.	Peñuelas.		

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto principal.